REVISTA CHILENA DE LITERATURA
Noviembre 2007, Número 71, 135- 140

III. DOCUMENTOS

NACIONALISMO Y CULTURA*

Carla Cordua
Universidad de Chile
cordua@vtr.net

El cuarto tomo de la *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* de Bernardo Subercaseaux lleva como subtítulo *Nacionalismo y Cultura* y se refiere al período histórico comprendido entre los años 1900 y 1930. Su lectura es una excelente ocasión para tomar conciencia, entre otras cosas, de la rapidez de los cambios por los que ha pasado el país: muchos detalles de la vida y de las personalidades cubiertas por este estudio nos impresionan hoy como características de un pasado mucho más lejano que el siglo trascurrido entre ellas y nosotros. El lector siente ganas de exclamar: ¡cómo podíamos ser tan antiguos hace apenas cien años! En particular, ciertas ideas añejas, prejuicios superados, algunas costumbres e instituciones aldeanas, casi inconcebibles para el santiaguino de hoy, y muy especialmente, las que fueron las grandes novedades de entonces, las emociones que despertó su llegada y la sana reacción imitativa que pusieron en movimiento.

Me refiero, por ejemplo, a la descripción que hace este libro de la llegada a Chile, en la segunda década del siglo pasado, de películas mudas seguida muy pronto después de ellas, por el cine sonoro, y a la entusiasta acogida que se le dio aquí a lo que al comienzo, dice el autor de la obra, pareció un milagro. Pronto se organizan numerosos cines en las principales ciudades y con característica soltura de cuerpo, comenzó rápidamente la actividad cinematográfica aquí, cuyo asunto principal fue, naturalmente, la patria, la nacionalidad, la aseveración potente y decidida de las grandezas locales. El milagro inicial se convierte paulatinamente, entre nosotros, en una realidad de todos los días. Entretanto, aunque a propósito de otras cosas, esta forma de cambio se ha

* Texto leído en la presentación del libro de Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile,* tomo IV, *Nacionalismo y Cultura*. Santiago: Editorial Universitaria, 2006. La presentación del libro tuvo lugar el 21 de junio de 2007 en la Librería Universitaria, Casa Central de la Universidad de Chile.

venido repitiendo. Nuestra escasa invención científica y técnica nos hace recibir una y otra vez como milagros los últimos productos telefónicos y televisivos, las nuevas medicinas y procedimientos quirúrgicos, las modernas máquinas para acortar y aliviar el trabajo, que nos llegan de afuera. Una de nuestras habilidades parece consistir en que, reconociendo lo nuevo como un milagro, nos sacudimos rápidamente el asombro que éstos nos producen para proceder a adoptarlos como asuntos cotidianos, repetibles por nosotros.

Hoy hablamos aquí de un libro notable de Bernardo Subercaseaux, rico en información bien organizada, sereno y justo en el juicio, digno sucesor de los tres tomos que lo preceden, que están dedicados al mismo tema general de la historia de las ideas y la cultura en Chile. El primer volumen se ocupa de “la cultura republicana de cuño liberal”. El segundo volumen de esta historia trata los finales del siglo XIX y comienzos del XX, cubriendo un período de crisis que incluye la pacificación de la Araucanía, la guerra del Pacífico, la guerra civil del 91 y el desarrollo de una postura crítica ante el estado liberal en nombre de la llamada “cuestión social”. El tercer tomo ya entra en los años cubiertos de otra manera también por el cuarto; a través de la elección de Arturo Alessandri Palma en 1920, se expresa por primera vez políticamente un fuerte sentimiento antioligárquico y reformista. Los cuatro libros abarcan, por ahora, el proceso cultural chileno desde sus comienzos hasta la década de los años treinta del siglo pasado. Esta obra de historia de la cultura nacional en cuatro partes bastaría para conferirle a su autor una merecida fama de ensayista e historiador extraordinario, si no fuera por dos circunstancias que he dejado hasta aquí fuera de nuestra cuenta. Ellas consisten, primero, en que Bernardo Subercaseaux es autor de muchos otros estudios notables, publicados aparte de esta obra y, segundo, del hecho obvio que el escritor se encuentra en plena producción y, por suerte, muy lejos del momento de poner un punto final a sus trabajos.

El libro que presentamos apareció en el 2006 publicado por la Editorial Universitaria. Es el acertado producto de una investigación, en el sentido científico de esta palabra. Elabora un abundante material empírico y lo organiza en partes complementarias después de haberlo analizado y clasificado conceptualmente. Pero estos procedimientos son solo preparatorios del aspecto principal del trabajo: se trata de contar una historia mediante los elementos así preparados. No una historia inventada sino observada en su realidad viva o debidamente documentada, la historia no arbitraria de la experiencia colectiva de un grupo humano que todavía batalla por llegar a ser una nación, por adquirir un carácter propio, por convencerse de que los azares que concurrieron en la colocación de sus participantes en este lugar del planeta se pueden llegar a convertir en una empresa comunitaria que se da su propio orden jurídico y modo de ser, esa forma de cohesión que caracteriza a otras naciones del mundo. El autor tiene una hipótesis sobre la consolidación progresiva de la nación chilena: “el nacionalismo es la fuerza cultural dominante de las primeras décadas” del siglo XX (11). Esta es una tesis polémica. El siglo XIX tenía otras maneras de entender la formación de naciones; y otros historiadores han propuesto entender que el factor fundacional decisivo de la integración nacional son los sectores dominantes de la sociedad, en particular, la oligarquía. Este libro procede, de acuerdo con su enfoque, a interpretar las varias manifestaciones del nacionalismo chileno en la cultura que estudia “en clave de integración”, como lo llama su autor.

Pero, además, la historia contenida en este libro no es una historia de meros hechos, de sucesos cualesquiera a veces de dudoso alcance e importancia, sino una historia de la cultura. En vez de elementos puramente fácticos en su cruda inmediatez, ella relata ideas, acciones políticas, posturas morales, decisiones pensadas e intencionadas. Se refiere a libros artísticos y científicos, a discursos y cartas, a obras de arte musicales, poéticas, plásticas, teatrales, cinematográficas. Debemos hacernos cargo de que lo contado en esta historia ya ha sido elaborado antes por los diversos agentes productivos y pensantes que forman parte del argumento que se desenvuelve en este libro. Aquí no se trata directamente de la naturaleza o del clima, o de la flora y la fauna, o de las estaciones del año, sino solo y exclusivamente de la gente que mediante sus actos y producciones se hace parte decisiva, para bien y para mal, del cuento que relata en este libro Bernardo Subercaseaux. Pues, en una historia de la cultura está en juego principalmente el espíritu humano encarnado, en un sentido tan amplísimo de esta frase como para que ella abarque todos los aspectos de la vida y de la experiencia de las personas envueltas en lo narrado.

¿Cómo se hace esto de contar una historia verdadera que, partiendo de un momento elegido por el narrador, inicio que está siempre precedido por muchos episodios que, aunque quedan fuera del argumento, le pertenecen de algún modo vago a lo que viene enseguida; una historia que, además, termina dejando abierto el final en espera de que lo que vendrá luego se agregará coherentemente a lo narrado, completándolo o cambiándolo, seguimiento del que no se sabe nada por ahora? Una historia, pues, que en sentido estricto carece de un inicio absoluto y también de un final decisivo, una historia encajada entre otras historias pasadas y por venir. Hay muchos métodos y estilos para llevar a cabo la complicada tarea del historiador cultural. La manera del autor de nuestro libro se caracteriza por su equilibrio en el juicio, por la amplitud de sus miras, por el cuidado de los detalles y, finalmente, por el trato apreciativo y justo que da a las versiones preexistentes del mismo asunto. Pero sobre todo me llamó mucho la atención la distancia crítica que practica el autor de esta obra, tanto respecto de los asuntos que elige narrar como en relación con las otras personas que han tratado antes que él temas relacionados con el suyo. La distancia crítica es indispensable en estas materias humanas para no caer en arbitrariedades personales o partidarias, pero no todo el mundo la posee y la practica con generosidad. ¿En qué se nota que este libro es el producto del ejercicio de tomar distancia y juzgar acerca de lo discutido desde ella y sin perderla? Voy a poner un par de ejemplos tomados de la práctica de Bernardo Subercaseaux en esta historia.

A fines del siglo XIX y a comienzos del XX se ha difundido ampliamente en Chile, en lo principal por influencia de ciertos autores europeos, la idea de que la unidad de la nación – la preocupación central de los tiempos estudiados– depende de la existencia de una raza nacional. Cito al autor: "La idea de una "raza chilena" vincula los conceptos de "raza" y "nación". El lazo que une al individuo con la nación como una entidad de valor es una atadura simbólico-parental (patria-madre) y filial (hermandad de sangre) que comparten todos los miembros de una como de la otra. La mejora de esta supuesta "raza chilena", biológica y síquicamente considerada, fue un programa que permeó no solo los discursos sino también las políticas públicas de educación, salud y deporte en las

primeras décadas" (del siglo pasado) (32). Numerosos autores de fama apoyan esta idea de raza chilena y se valen de ella para concebir y describir a la población del país. Unos pocos, algo tímidamente ante el vigor de la convicción general, cuestionan la noción de una raza nacional. Subercaseaux estudia con imparcialidad las opiniones y las obras de los dos bandos. Poniéndose por encima de ellos y también de la época estudiada, expresa su propia posición. Dice: "¿Qué se quería decir exactamente cuando se hablaba a comienzos del siglo XX de "raza chilena"? ¿Se pensaba, acaso, en un conglomerado humano de características biológicas comunes? Tal vez la respuesta de mayor repercusión, y probablemente también la más atrabiliaria respecto a sus fundamentos, fue la que elaboró Nicolás Palacios en *Raza Chilena* (1904)" (32).

Sigue un detallado estudio de la obra de Palacios, examen que es retomado desde otras perspectivas varias veces a lo largo de todo el libro, y justificado por la influencia que las ideas del escritor ejercieron por bastante tiempo. Pero lo que nos interesa aquí es mostrar que Subercaseaux no renuncia nunca a la consideración crítica de los planteamientos y obras que selecciona por su significación para la historia. En este caso, afirmar la homogeneidad racial de un país cuya organización política excluye a grupos completos de una participación normal en los asuntos nacionales, es de por sí aberrante. Además, entender una realidad política aduciendo argumentos raciales, es un extravío que procede de una confusión y no está destinada sino a producir más de lo mismo. Subercaseaux dice expresamente: Palacios es atrabiliario, construye un 'mito' a partir de nociones seudo científicas, se inventa una biología-ficción para alimentar su fantasía del roto como un mestizo privilegiado, producto de dos razas supuestamente puras, sicológicamente patriarcales y guerreras, los godos y los araucanos (33), y usa esta noción espuria de raza dándole múltiples significados diversos que "engloban rasgos biológicos, sociales, culturales y síquicos" (57). Incluso el importante movimiento del nacionalismo educacional, recuerda Subercaseaux, se dejó inspirar por el darwinismo de Gustavo Le Bon y por las ideas eugenésicas de la época: se trataba de defender, mejorar y desarrollar la supuesta raza chilena. Otro perfil de los mismos prejuicios raciales difundió en Chile la teoría según la cual "la historia y el devenir de un país dependen de su carácter y de su raza más que de sus instituciones" (81). Refiriéndome a esta extendida ideología de la raza que, según sus voceros, fundamentaría biológicamente la unidad nacional, siento que me gustaría recomendarle la lectura del libro que reseñamos a cierto profesor chileno que acaba de publicar, este mismo año, una obra en la que se acusa a Salvador Allende de haber tenido iniciativas eugenésicas de tipo fascista mientras era el joven Ministro de Salud de Pedro Aguirre Cerda. Obviamente, el profesor responsable de este tiro al aire ignoraba que en esos años medio mundo pensaba en Chile en términos raciales y se proponía, como muestra Subercaseaux, tomar medidas para mejorar la presunta raza nacional. Si lo hubiese sabido, se le habrían quitado las ganas de hacer una denuncia que él, en su ignorancia del pasado, consideró un descubrimiento escandaloso.

Otras invenciones interesadas e ideas preconcebidas que hacen las veces de ideologías, encuentra la reflexión del narrador crítico entre los lugares comunes que florecen en diversos ambientes del país y en la literatura chilena. Algunos de entre ellos no alcanzan ni siquiera a ser errores, sino que hacen el papel de encubridores de los poderes oligárquicos que dominan política y económicamente a la nación emergente.

“La industria y la consiguiente industrialización del país fue la otra gran apuesta de futuro de la escenificación integradora del tiempo histórico nacional... Pero la meta del desarrollo industrial tenía también connotaciones identitarias y apuntaba hacia un nuevo imaginario nacional. La industria era la carta de lucha del nacionalismo económico, la posibilidad de realzar un nuevo espíritu de nacionalidad”(31). La propaganda industrial no cubrió la modernización de la agricultura y de la minería. Subercaseaux pregunta: “¿El nacionalismo económico y el afán de industrializar el país tuvo acaso una connotación social? ¿O era, más bien, neutro con respecto a la cuestión social y a las demandas de los trabajadores? El período 1900-1930 fue, como se sabe, una etapa de considerable presencia contestataria obrera y estudiantil” (68).

Otras críticas del historiador están dirigidas a maneras de pensar de diverso tipo, a equivocaciones que proceden del hábito de simplificar las cosas complejas pero que, a pesar de no merecerlo, gozaron de gran favor. Por ejemplo, el vicio de pensar en términos de opuestos simples y rígidos, como lo vivo y lo muerto, lo vigente y lo pasado, lo constructivo y lo destructivo, etc. Esta lógica bipolar suele no producir buenas nociones en ciertas materias, pues las cosas humanas e históricas son complejas, inestables, polifacéticas. De ellas es preciso hablar matizadamente: siempre se debiera decir que lo contrario de lo que hay no es lo que no hay sino aquello de que hay menos o que hay solo secretamente, o que posiblemente habrá. Refiriéndose a un poema de Diego Dublé Urrutia que “se abre con un ofrecimiento europeo: “¿España?, ¿Francia? ¿Roma?”, ante esta posibilidad el sujeto de la enunciación responde con un muy decidido “¡No, no!” Ante la alternativa de vivir europeamente en las orillas del Sena o del Rhin, el poeta dirá que prefiere su acequia nativa: «Pequeño como un grano de arena, sueño, espero,/ perdido aquí, en el fondo de mi nativo estero»”. Comenta Subercaseaux: “Este contrapunto entre el nido y el viejo mundo se va a desarrollar a lo largo de las ocho estrofas del texto... Ya en sus primeros versos,...Dublé Urrutia introdujo el motivo del nido, imagen del terruño nativo, del origen”(143). En vista de que los vuelos distantes, Paris y las ensoñaciones modernistas “le están vedados, en su lugar el hablante lírico proclama: “¡soñemos con los nidos apartados, que en el sueño también se baten alas”! El logro estético de este verso, sostiene el historiador, “está alimentado por una dimensión ética, por la defensa y dignidad de la “¡cuna amada”!, del nido, lo que resulta siempre posible en el plano del sueño y del quehacer poético. Tras esta perspectiva subyace una concepción dual de la cultura chilena y latinoamericana, en que, por una parte, habría un componente endógeno que se valora y, por otra, uno exógeno que se pone en un nivel inferior, contraponiendo así lo local y lo foráneo, lo propio y lo ajeno, lo chileno y lo europeo” (144).

La tesis del libro que presentamos pone en manos de su autor un criterio para seleccionar los fenómenos que revelan y fundamentan su interpretación de la génesis de la nación a partir del nacionalismo. Esta selección opera con la distinción entre direcciones históricas hegemónica y contrahegemónica: “La escenificación del tiempo histórico en clave de *integración* es una dirección cultural hegemónica compleja, que coexiste con otras contrahegemónicas. Avala esta afirmación la emergencia, en la década del Centenario, de dos sensibilidades o prácticas discursivas que se sitúan en las antípodas del nacionalismo cultural: la vanguardia poética, cuya figura epónima fue Vicente

Huidobro, y el espiritualismo de vanguardia, que tiene en Inés Echeverría (Iris) a su figura más destacada;(11)...” “Huidobro tuvo plena conciencia de la trama nacionalista y del enrejado interpretativo que permeaba las primeras décadas de la sociedad chilena. La densidad de esta trama y el modo en que ella impregnaba la atmósfera cultural del país, fue en cierta medida el factor que incidió en la genealogía de la vanguardia, en sus estrategias, en su radicalidad, en sus bocanadas de aire en el exterior, en sus gestos y provocaciones...No es casual que (Huidobro) proclamara a diestra y siniestra que “Chile” era “su segunda patria”. O que en 1925 escribiera que el peligro para «Chile no es el extranjero sino el chileno»”(249). La vanguardia como fenómeno cultural es, en Chile y fuera del país, una lucha contra la dirección emprendida por lo que estaba ocurriendo imparablemente aquí.

El libro de Bernardo Subercaseaux mantiene en pie la clara diferencia entre los dos niveles envueltos en la actividad de la narración histórica. Por una parte, está la protagonista sobre el escenario, la historia contada; por la otra, la reflexión sobre esta actividad de narrar la trayectoria del país, tarea que implica elegir temas, fijar límites y conceptos, analizar los datos encontrados y reconstruir con ellos la historia de que se trata. Esta segunda parte autorreflexiva, aunque a veces se la deja tácita, controla y hace posible todo el trabajo publicable del historiador. Hacer historia es un proceso arduo que necesita un método independiente adecuado al asunto que se elabora; será inevitablemente un método que se funda sobre presuposiciones de las que dependerá la realización de la empresa. En la medida de lo factible, la reflexión sacará a la conciencia actual estas condiciones de posibilidad de la historia como disciplina científica. Además de la autorreflexión sobre la propia escritura, el historiador practicará una revisión crítica de la obra de otros historiadores y de la manera en que ellos procedieron a contar, en este caso, la lenta consolidación de la nacionalidad. Para los efectos de este libro, el autor no se decidió a guardarse para sí el autoexamen de la propia actividad y el escrutinio de la tradición historizante de Chile. Le reservará en su libro algunas secciones que llevan el titulo general: “Nación e historia” y que se subdividen en apartados sobre “La ‘producción del pasado”, “Gravitación operante”, “¿Ciencia política oligárquica?”, “Cuerpo y alma”, “Práctica historiográfica nacionalista” y “La guerra de Chile”.

PALABRAS CLAVE: Historia cultural, historia de Chile, nacionalismo, hipótesis sobre el origen de la nación.

KEY WORDS: Cultural history, history of Chile, nationalism, origin of nations.